La casa del final de la calle

Era la noche de Halloween y todo estaba tranquilo en mi vecindario las hojas caían de los árboles, y el aire tenía ese olor fresco que solo se siente en esta época del año. Mis amigos y yo nos habíamos preparado durante semanas, eligiendo nuestros disfraces. Yo fui de bruja, con un sombrero puntiagudo y una capa negra.

Cuando el sol se pasó, la emoción aumentó. Empezamos a recorrer las calles, golpeando puertas y gritando “¡Truco o trato!”. La mayoría de las casas estaban decoradas con telarañas y calabazas iluminadas creando un ambiente espeluznante, pero divertido.

Después de un rato, decidimos aventurarnos a la casa de la vieja señora del final de la calle. Todos decían que estaba embrujada, pero nos daba curiosidad. Nos acercamos temerosos, y cuando llamamos, la puerta se abrió de golpe. Dentro, la casa estaba oscura, y un olor extraño flotaba en el aire. De repente, escuchamos un grito que nos hizo saltar: un gato negro salió corriendo.

Nos miramos uno a otros, riendo nerviosamente, pero seguimos adelante. La señora apareció en la puerta, sonriendo: “¿Truco o trato?”, preguntó con voz suave. Nos dio dulces, pero antes de irnos, dijo: “¡Recuerden: el verdadero terror es no enfrentar tus miedos!”.

Esa noche, aunque todo fue divertido, no pude dejar de pensar en lo que había dicho la señora. A veces, lo más aterrador no son las sombras ni los ruidos, sino lo que guardamos dentro de nosotros. Y aunque era solo Halloween, me di cuenta de que enfrentar mis miedos podría ser el mejor truco de todos.